

268
septiembre
2023

Directora general:
Carmen Lira Saade
Director fundador:
Carlos Payán Vélver
Director: Iván Restrepo
Editora: Laura Angulo

 **La Jornada**

ecológica



*Jóvenes
y medio ambiente*

Números anteriores

Correos electrónicos: ivres381022@gmail.com • estelaguevara84@gmail.com

Presentación

Leticia Merino

Coordinación Universitaria para la Sustentabilidad de la UNAM (CoUS)

Correo-e: merino@sociales.unam.mx

Ellas y ellos no estaban aquí en esos años, a mediados de siglo pasado, cuando empezó la revolución verde que terminaría por erosionar los suelos y contaminar nuestros alimentos. Ellas y ellos no tuvieron nada que ver con la gran masificación del transporte privado y la expansión de las ciudades en torno al automóvil. Tampoco participaron en los experimentos genéticos para producir alimentos transgénicos orientados a incrementar las ganancias de las corporaciones agroalimentarias.

Igualmente, no son responsables de los grandes accidentes nucleares de las pasadas décadas: Three Mile Island, Chernobyl y Fukushima. Tampoco de la enorme

adicción de las sociedades actuales a los combustibles fósiles que ha envenenado el aire, alteró el clima, y ha generado acidificación y muerte en los océanos.

Nada tienen que ver con la sobreexplotación de los ecosistemas marinos ni con el avance desmedido de las ciudades y la agroindustria sobre los ecosistemas forestales.

Muchas otras tragedias tampoco son su responsabilidad. Pero sí les tocará lidiar con las consecuencias de los numerosos procesos de destrucción que padece la vida en el planeta.

Las y los jóvenes de nuestro país suman 31.2 millones. Tienen entre 15 y 29 años*. Están creciendo en un mundo que no pensó en ellos, no se preo-

*Foto en portada:
Melissa López-Portillo
Purata*

Diversas actividades de jóvenes universitarios comprometidos con el cuidado de su entorno

cupó por dejarles agua limpia, justicia social, oxígeno, suelos sanos, ni bienes comunes.

Se desentendió de mantener la biodiversidad y de asegurar condiciones para una vida digna para todas las personas. Por el contrario, el mundo en el que se hacen adultos se empeña en transformar en mercancía desechable todo aquello que es indispensable para la vida.

Las generaciones de quienes hoy son jóvenes y niños, crecen recibiendo abundante información sobre la crisis climática, pero ven pocas acciones efectivas de las naciones y de las empresas para reducir sus emisiones contaminantes y mitigar los peores impactos.

Viven en un mundo en el que las corporaciones y las

élites económicas someten a gobiernos, a los organismos internacionales, diseñan las regulaciones que los deberían regular; cooptan y socavan a los liderazgos que buscan cambios; corrompen a los tomadores de decisiones. Y avanzan, al parecer imparablemente, arrasando con los territorios indígenas, los fondos marinos, los minerales raros y todos aquellos espacios donde la vida y el conocimiento de los pueblos se preserva aún en el planeta.

Inevitablemente, quieran o no, las y los jóvenes de hoy tienen que dar prioridad a los temas ambientales. Tendrán que exigir y construir políticas públicas distintas; encontrar formas de acotar a los poderes corporativos; recuperar la importancia de los bienes comunes y el cuidado colectivo de los mismos.

Tendrán que establecer relaciones profundas, respetuosas y dignas, con quienes habitan y manejan los territorios rurales. Además, tomar medidas para evitar la concentración desmedida de la riqueza. Aprender a vivir en un mundo donde la energía ya no es abundante y barata.

¿Qué están haciendo hoy esos chavos y chavas? ¿Cómo viven? ¿Cómo se relacionan con su entorno? ¿Qué les preocupa? La más visible de las caras de los jóvenes en México y en todo el mundo es su lucha contra el cambio climático y sus impactos desiguales. Los vemos en las calles, en las convenciones internacionales, en los foros.

Pero su participación no se limita a este tema. Entre otras medidas, buscan también adoptar hábitos personales con menor impacto ambien-





* Datos obtenidos en: <https://mexico.unfpa.org/es/topics/adolescencia-y-juventud>.

tal; les preocupa la forma en que se producen los alimentos y estar en contacto con las familias campesinas que los producen; privilegian el transporte en bicicleta, entre otros vientos de cambio.

En México, un país desigual y con oportunidades limitadas para las y los jóvenes, el acercamiento a los temas ambientales se da por muy distintos caminos. Hay quienes logran acceder a la educación universitaria y siguen la ruta de la profesionalización o la academia; otros cursan una carrera y regresan a su comunidad a trabajar y resolver problemas concretos. Los hay que desde los espacios rurales en los que crecieron se vinculan con los movimientos de defensa de la tierra y los bienes naturales.

Hay quienes desde el arte e incluso desde la función pública, dan la batalla por la Tierra. Cada historia es particular, cada historia tiene su porción de esperanza.

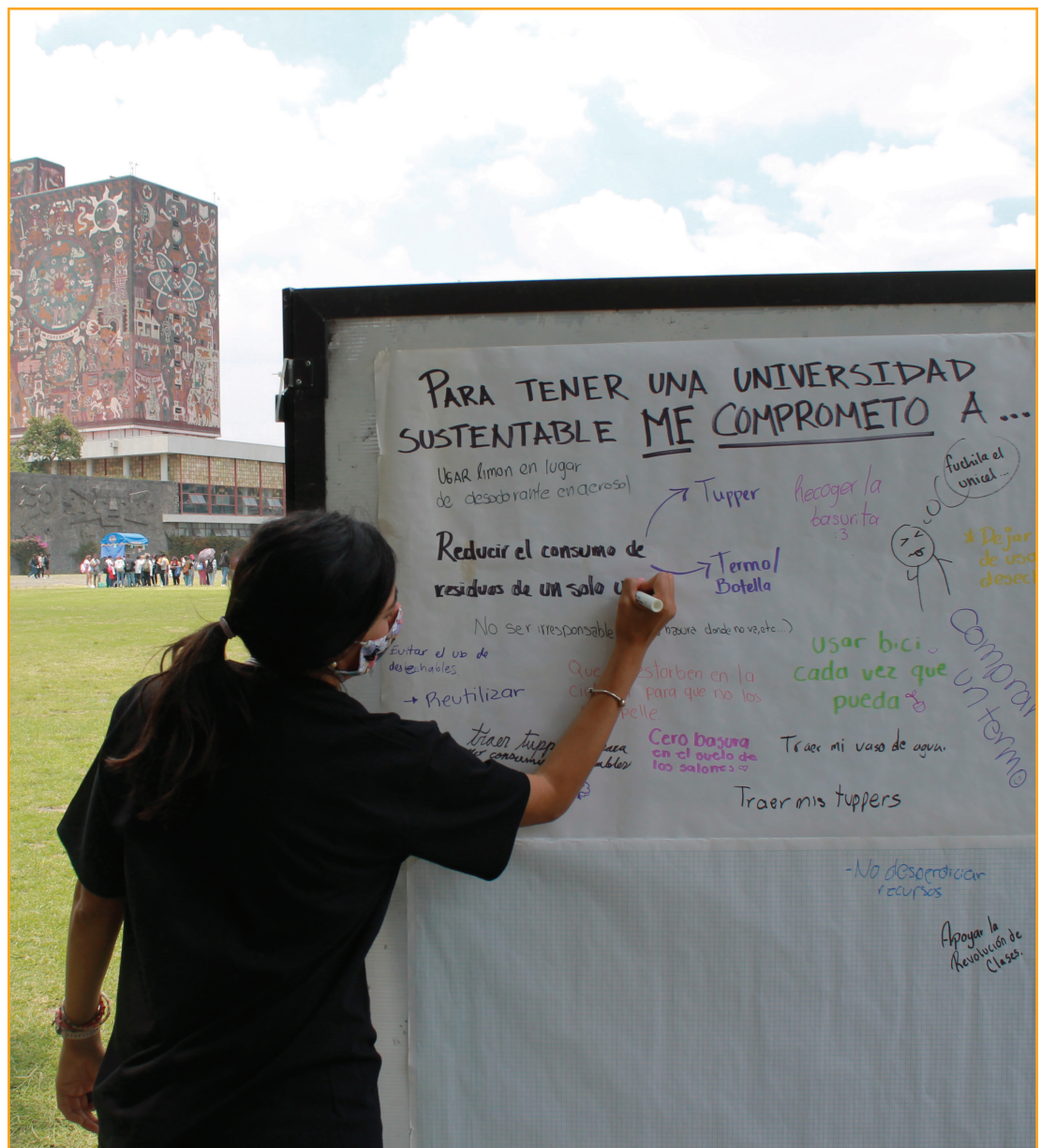
En este número de *La Jornada Ecológica* sobre juventudes y medio ambiente, la Coordinación Universitaria para la Sustentabilidad de la UNAM reúne una serie de

textos en primera persona: intentamos dar voz a jóvenes de distintos estados, profesiones e intereses.

Coinciden en su edad y en su preocupación por la naturaleza y el ambiente y nos cuentan cómo los abordan, cómo los conciben, cómo se sienten y viven frente al enorme desafío que las generaciones previas les heredamos.

Alejandra Bladinières Arcega, Bernardo Luis Mc Kelligan, Héctor Castillo Berthier, Isabel Ordaz Ávila, Ismael Arce Estrada, Itzel Bedolla Gaona, Janette Terrazas Islas, Leonor Solís, Lydya Lara Barragán Vite, María Ordaz, Miriam Daniela Niniz Rojas, Nicolás Álvarez Icaza Ramírez, Pedro Uriel Arce Olguín, Sofía Espinosa, gracias. Gracias por detenerse a escribir y reflexionar, gracias por su compromiso, gracias por inspirar e impulsar los cambios en diversos ámbitos, gracias por contarnos aquí un poco de lo que hacen, de lo piensan y sienten.

Concluyo este texto dando enormes gracias al equipo muy querido de *La Jornada Ecológica*: Iván, Laura, Estela. Por la confianza y por decir sí a nuestras propuestas.



La Coordinación Universitaria para la Sustentabilidad, por la ciudadanía ambiental

Lydia Lara Barragán Vite
Coordinación Universitaria para la Sustentabilidad
UNAM
Correo-e: lydia.lara@unam.mx

Mientras espero el vagón del metro se escuchan las risas, los jaloneos y los miro correr para alcanzar a sentarse. Ya en Ciudad Universitaria, al subirme al *Pumabús*, me encuentro de nuevo con los audífonos, uno que otro libro y por supuesto las pantallas de los celulares.

Mientras camino al edificio donde trabajo escucho conversaciones con palabras cuyo significado le tendré que preguntar a mi hermana menor o al buscador.

En las visitas a las diferentes escuelas y facultades siempre encuentro atuendos que rompen la cotidianidad, divertidos relatos de las aventuras con la pareja, la familia o las y los amigos.

La lluvia de colores es característica, las juventudes son inconfundibles. Se les identifica con facilidad, lo mismo en el metro de la Ciudad de México, que en el metro de Berlín o en las calles de Santiago.

Trabajo en la Coordinación Universitaria para la Sustentabilidad de la UNAM y tengo la fortuna de trabajar con sus estudiantes. Trabajar con ellas y ellos es enriquecedor y motivante, pero también retador pues las juventudes necesitan ser entendidas más allá de un simple grupo etario: es un momento de transición y adquisición de experiencia en la vida humana.

Gonzalo Saraví le da a la palabra *juventud* una categoría analítica, al entenderla como transición y experiencia. "Como transición, se refiere a un concepto abstracto que se basa en la asociación de un tiempo cronológico y un tiempo social, permitiendo emitir una operaciona-



zación y aplicación con cierto grado de generalidad.

Y como experiencia, nos dice que la transición a la adultez se experimenta diferencialmente, pues está sujeta a los procesos de desigualdad social que imperan en la sociedad. Gracias a ambos elementos el concepto brinda precisión conceptual y empírica" (Saraví, 2009:35-36).

Este marco nos lleva a abordar juventud como una transición experimentada, abriendo la puerta para hablar de juventudes, evitar la generalización y posibilitar una mejor

Mural pintado por chavas y chavos del sur de la CDMX

Foto: Lydia Lara

la comprensión de cada caso o grupo.

Con esto en mente es más fácil comprender que durante la juventud se transita a la vida adulta, pero esta transición se vive de manera diferenciada según los contextos que enfrenta cada persona, por ello es pertinente hablar de juventudes y no solo de juventud, por la multiplicidad de realidades que trazan los caminos de las, los y les jóvenes y desde la Universidad resulta necesario tomar en cuenta.

La CoUS lleva a cabo diversas iniciativas con el obje-

tivo de transversalizar la sustentabilidad en la institución; en este esfuerzo destaca una continua búsqueda del involucramiento, interés y participación crítica y activa de nuestras juventudes.

Para lograrlo, entre nuestras estrategias está la de conocer realmente a los estudiantes, pues no todos son iguales. Hay numerosos factores que pueden influir en su nivel de participación: desde cuántas veces al día comen y qué comen, si trabajan y cuánto tiempo emplean en llegar a

las sedes universitarias, entre otros.

En la CoUS también tomamos en cuenta aspectos cualitativos como la disposición para respetar, escuchar y tomar decisiones con horizontalidad cuando se trata de responder a los cambios sociales que enfrentan las y los jóvenes.

Desafortunadamente, las y los jóvenes de hoy se enfrentan a la ruptura de los imaginarios de vida previos; la realidad social, económica y política se han transformado, el horizonte de vida que se recorría antes ofrecía ciertas certezas, que era pasar de la niñez a la adolescencia/juventud, en la que se estudiaba o trabajaba (había certeza de hallar un trabajo), eventualmente formar una familia y a través del trabajo generar un patrimonio y cierta estabilidad, que al final ofrecía la obtención de una pensión y la posibilidad de acceder a los servicios básicos de salud.

En todo este proceso el papel del Estado era importante, pero en la actualidad, ese rol es cada día más difuso. Ahora las juventudes enfrentan precarización laboral, vínculos sociales débiles y una crisis socioambiental agobiante, en la que incluso los recursos para alimentarnos están comprometidos.

Ya enfrentamos la erosión de los suelos, una terrible pérdida de la biodiversidad por la degradación de los ecosistemas, la privatización intensiva de los bienes naturales; las y los jóvenes viven en zonas contaminadas.

Estamos enfermando a las juventudes y a las infancias: el aire está contaminado; el acceso al agua no está garantizado; las políticas alimentarias

recientes, que chatarrizaron la dieta de las y los mexicanos, han incrementado los problemas de salud desde la niñez, a lo que se agrega que hay comunidades que viven en situaciones indignantes e injustas por la contaminación y la destrucción que causan las grandes corporaciones.

En este complejo panorama que enfrentan las juventudes de hoy, donde no hay un futuro con certezas, la CoUS intenta contribuir a formar a una ciudadanía ambiental y crítica, que luche de forma decidida por revertir la degradación ambiental, por mejorar las condiciones de justicia y por construir un porvenir más justo y pacífico y menos desigual.

Este no es un reto menor, pues al mismo tiempo que nuestro sector de atención está pasando por profundos y veloces cambios, nosotros "las y los adultos" también debemos adaptarnos a dichos cambios: tenemos que trabajar los temas que les preocupan, no solo los socioambientales, sino también otros, entre ellos los derechos de las minorías, los derechos de las mujeres, la diversidad sexual y racial y el respeto a las diferencias, de manera que les resulte atractivo, motivante y comprensible transformarse en agentes de cambio. La desesperanza y la inmovilidad no son opciones.

En este escenario, desde la CoUS y a lado de las y los estudiantes universitarios buscamos construir sustentabilidad en la UNAM y en la sociedad, partiendo del respeto, de la inclusión y la horizontalidad; buscamos romper con la lógica tradicional de enseñanza aprendizaje donde se les dice



Un día cualquiera en la Facultad de Ciencias de la UNAM

Foto: Lydya Lara

qué pensar, qué hacer, y cómo hacerlo.

En la Coordinación buscamos escucharlos, buscamos crear soluciones de forma colectiva, buscamos formar a ciudadanas y ciudadanos ambientales.

Compartir y difundir la sustentabilidad es nuestro objetivo. Al no existir consenso en su definición incentivamos la reflexión tomando en cuenta que aun cuando se ha privilegiado la dimensión económica, debemos construir una sociedad que sí atienda las dimensiones sociales y ambientales, que tenga en la mira problemas como las migraciones, aborde seriamente el cambio climático, reemplace

el modelo extractivista, y rastree la relación de todos estos procesos con la profunda pobreza y desigualdades que enfrenta no solo la sociedad mexicana sino la humanidad.

Pero además de rastrearla que haga algo, que busque, se comprometa y practique el cambio.

Trabajar con juventudes y medio ambiente es una oportunidad para hacer una lectura distinta de la sociedad, es también una oportunidad para transformarla, para formar a mejores tomadores de decisiones.

El reto es mayúsculo, pero por algo hay que empezar, aunque sea solo escribir sobre el tema y provocar la discusión.

Crisis socioambiental, ¿es un problema de conocimiento sobre la naturaleza?

Alejandra Bladinieres Arcega
Egresada de sociología
Correo-e: aleb3198@gmail.com

A toda la población, en especial, a las infancias y juventudes, nos toca enfrentar el cambio climático y sus efectos, en diversas formas y grados. Nos tocará vivir en un mundo que hoy mismo están diseñando gobiernos y organismos internacionales. La crisis no solo es climática, es también, y principalmente, social.

Para enfrentarla tenemos que comenzar a problematizar lo que vivimos hoy; problematizar el cómo nos enseñan, cómo conocemos, cómo aprendemos y, por lo tanto, cómo interpretamos a la naturaleza y por qué muchas veces la contraponemos con el ser humano.

Descifrar e interpretar los entornos en los que nos movemos y actuamos mediante categorías opuestas como, por ejemplo, blanco o negro, hombre o mujer, animal o humano, joven o mayor, salvaje o civilizado, natural o artificial, entre muchas otras, proviene de una forma social e histórica de conocimiento, propia de la cultura occidental, con la cual se ha podido entender, cuantificar, clasificar y, en gran medida, dominar al mundo de múltiples maneras; tanto a los seres vivos, incluyéndonos, así como a los no vivos, lo que ha permitido desde talar un bosque entero, hasta esclavizar a cualquier ser vivo o extraer cualquier recurso mineral sin importar las consecuencias.

Las ciencias naturales y sociales han contribuido a delimitar hasta dónde llega, teórica y metodológicamente, el conocimiento de lo que es la sociedad, la cultura, el ser humano, prescindiendo de la categoría de humana y la naturaleza, con sus propios



hechos o fenómenos. Esto ha traído consigo fuertes implicaciones para nuestro conocimiento y para nuestro actuar y andar cotidiano.

Entre ellas, el hecho de que los entornos, así como los seres vivos y no vivos con los que cohabitamos y compartimos vida, se vuelven objetos de mera clasificación y cuantificación a nuestra disposición. Mas no seres o cosas mediante las cuales podemos generar o establecer afectos, empatía y sobre todo respeto.

Una de las medidas para hacer frente a la gran problemática de nuestros tiempos es apelar y volver a darle énfasis a los saberes no occidentales, a los indígenas, que tienen mucho que compartir y enseñarnos respecto a su relación con la naturaleza y sus luchas por defenderla.

Construcción de la carretera "Pachuca-Huejutla, subtramo Real del Monte-entronque Huasca

Foto: Alejandra Bladinieres Arcega

Esto, a su vez, nos puede llevar a plantear y conectar el cambio climático con temas de violencia, el despojo y las desigualdades sociales, como las que viven muchos de los pueblos indígenas a lo largo del continente y también alrededor del mundo. Así como el imaginar nuevas formas de conocer, nombrar y relacionarnos con el planeta y, por lo tanto, con nosotras y nosotros mismos. Las experiencias comunitarias y colectivas, el arte en cualquiera de sus múltiples manifestaciones y los saberes indígenas, aunados con el saber científico natural y social, pueden enriquecer y fortalecer nuestro conocimiento sobre el mundo, así como nuestras experiencias, acciones y relación con este.

A las y los jóvenes de hoy nos toca enfrentar esta pro-

blemática; plantear otros horizontes y posibilidades es nuestro deber y también nuestro derecho.

Constantemente nos hablan de salvar nuestro futuro y a las generaciones venideras pero, ¿por qué dejar de lado a nuestro presente, y hacer algo por este, cuando los efectos del cambio climático ya son visibles en nuestros hogares y se sienten sobre nuestros cuerpos afectando nuestro bienestar y nuestra salud? Quizás no exista un mañana, sino un hoy.

Si bien esta crisis no es nuestra responsabilidad, nuestra generación necesita comenzar a replantearla y cuestionarla desde algo tan simple, y a la vez complejo, como el entender y transformar la forma en que estamos conociendo eso que llamamos naturaleza.

Los bosques de la Ciudad de México: el vértigo de perderlos

Nicolás Álvarez Icaza Ramírez
CoUS-UNAM

Correo-e: nicolasair93@ciencias.unam.mx

Nací en la Ciudad de México en el año de 1993 y, por desgracia, no conocí el periodo presalinista, en el que existía, a mi juicio, una Ley Agraria decente. Nací un año y nueve meses después de que se aprobara la reforma al Artículo 27 constitucional, con el que se dinamitó de manera brutal la protección que la ley otorgaba a los territorios comunales y ejidales.

La parcelación y venta de los terrenos colectivos creció a un ritmo vertiginoso en diversas regiones a partir de esa

fecha. Algunos análisis agrarios han determinado que el problema va mucho más allá del tema legal, porque de cualquier manera los terrenos colectivos ya se estaban vendiendo de facto a personas ajenas a las asambleas comunitarias y ejidales.

Sin embargo, la reforma salinista se enmarcó en una lógica de privatización de la propiedad social cuando era más necesaria una propuesta que reformara el tema de la representatividad de los grupos sociales y la búsqueda

de mecanismos para fortalecer la colectividad y no debilitarla más.

Si la búsqueda de alternativas para conservar siempre ha sido un reto para los territorios colectivos, a partir de 1992 la historia se complicó aun más en los entornos periurbanos. Para los pueblos originarios de la Ciudad de México, salvaguardar sus ecosistemas se ha convertido en una tarea titánica.

Mi juventud se está dando en un momento de mucha incertidumbre para la colectivi-

dad. He sido y soy testigo de la lucha que los pueblos originarios de los bosques periurbanos han presentado para establecer modos de vida que les permitan desarrollar actividades productivas y de conservación, mientras resisten a la enorme presión de las invasiones irregulares, el mercado inmobiliario y la tala ilegal.

Transitar por la interfase del territorio urbano-rural ha sido la pauta para entender este proceso territorial y para darme cuenta que la tranquilidad de que exista un paraje, un valle o un río puede acabar de un golpe cuando se planea el próximo desarrollo inmobiliario en la próxima ladera o en el próximo límite trazado con una línea imaginaria que solo existe en los mapas.

La idea de que los ecosistemas naturales periurbanos con los que crecí dejen de existir me genera vértigo. Al contrario, es muy poderosa la sensación de estar en una zona del bosque a poco tiempo de mi casa y darme cuenta que todo estará bien si puedo regresar una y otra vez a ese mismo lugar.

Si ese sentimiento de pertenencia es algo que yo siento, no puedo imaginar lo que sienten los pueblos originarios del suelo de conservación de la Ciudad de México. Ese sentimiento abrumador es el que lleva varias décadas en riesgo.

De pronto, al leer en las notas periodísticas que los grupos criminales están talando a destajo en muchas de las alcaldías del suelo de conservación de la Ciudad de México, asesinando a los líderes comunitarios que luchan por defender sus territorios y que el

Los todavía magníficos bosques que rodean a la Ciudad de México

Foto: Melissa López-Portillo Purata



Antinatural

*La naturaleza, tan que tanto nos da y poco exige de nos,
De muerte tan precoz a manos de a los que a tanto dio,
Tan libre y colorida por extensión y variedad,
Tan esclavizada y sometida por unanimidad,
Tan justa y cruel cómo es posible,
Dulce y amarga para un paladar sensible.*

*Dentro de unos años nadie se perderá en un bosque porque no habrá bosques,
Dentro de unos años el animal favorito de alguien se extinguirá,
Dentro de unos años por agua y comida la gente peleará,
Dentro de unos años la gente en subsuelos vivirá,
Dentro de unos años contarás como vivíamos y nadie te creará.*

Pedro Uriel Arce Olguín

Correo-e: pedrouriel321@alumno.cch.unam.mx

gobierno es incapaz de desmantelar a estos grupos, me regresa el vértigo.

Las escasas e infértiles incursiones de la Guardia Nacional en muchos de los parajes en dónde actualmente ocurre la tala ilegal, solo se dan de la mano de la Procuraduría Federal de Protección al Ambiente (Profepa), que es una institución pública absolutamente debilitada.

En el caso de San Miguel Topilejo en Tlalpan y en los bosques de Milpa Alta la devastación ha sido brutal. Algunos grupos sociales, como el ejido de San Nicolás Totolapan y

los pueblos de la Magdalena Contreras, resisten con alternativas de conservación como el ecoturismo, pero con enormes retos para llevar a cabo los planes de saneamiento forestal y con problemas para mantener representaciones sociales más transparentes y amplias.

Los beneficios que obtenemos de los ecosistemas

periurbanos existen en gran medida por la lucha que los pueblos originarios libran para resistir las presiones internas y externas. La recarga de los mantos acuíferos, de los cuales dependemos en más del 70 por ciento, la regulación climática y de la erosión, la biodiversidad y la recreación forestal son algunos de los beneficios que de-

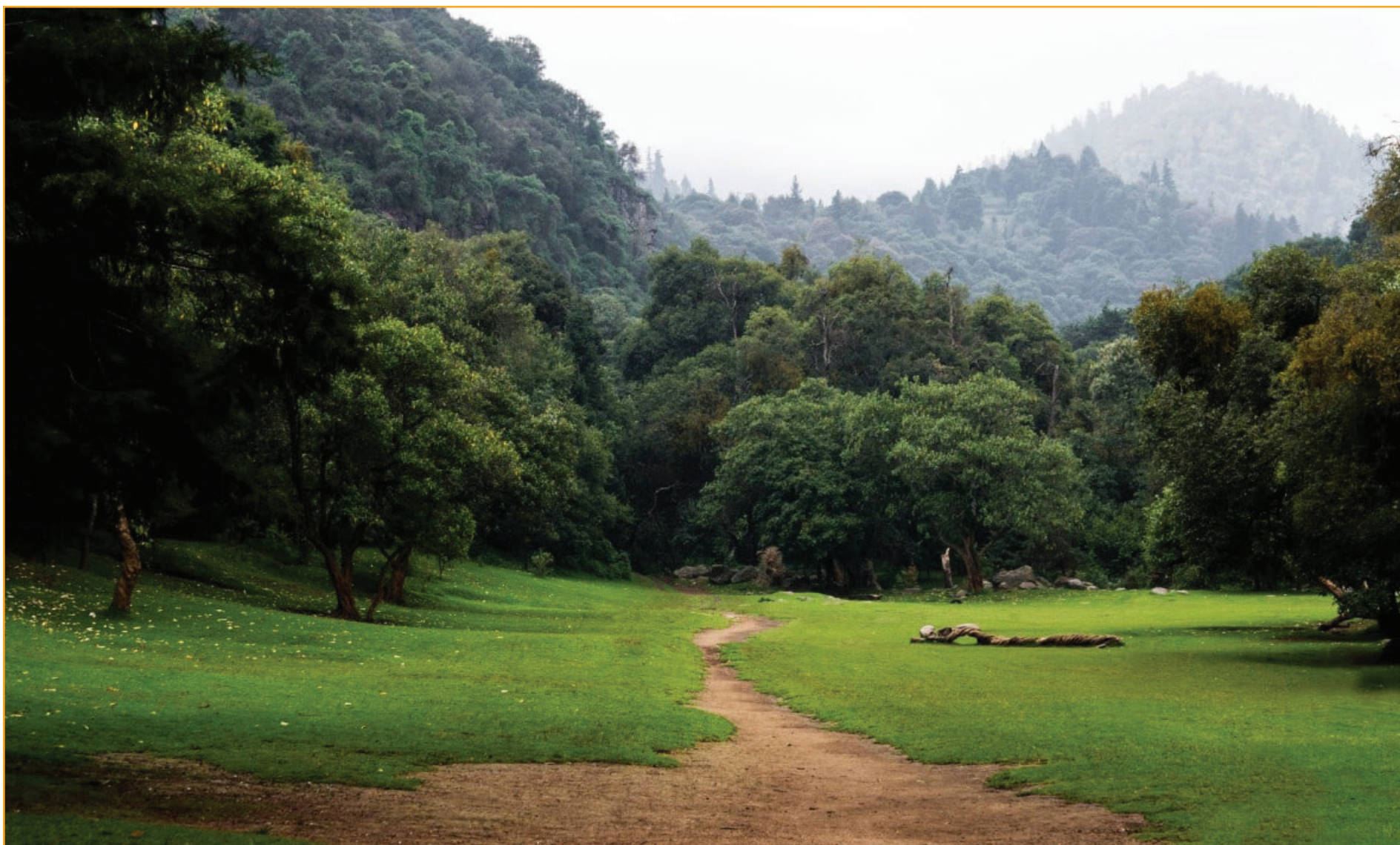
jarían de existir si perdemos a los ecosistemas aledaños a la Ciudad de México.

En dónde vivimos es dónde transcurre la vida y por ello mismo es que debemos de comenzar a sensibilizarnos de una manera mucho más profunda sobre lo que está pasando en nuestros territorios periurbanos. Sin los bosques no hay agua. Sin los bosques nos estaríamos ahogando.

Sin esos territorios ¿qué nos queda? ¿Qué les queda a los pueblos originarios? ¿Qué nos queda a quienes hoy somos jóvenes y a las generaciones por venir?

Bosques en Los Dinamos, en la Ciudad de Mexico

Foto: cdmxsecreta.com



El pensamiento crítico y disruptivo es nuestra herramienta más importante

Itzel Bedolla Gaona
Alcaldesa de Ziracuaretiro, Michoacán

Cuando se piensa en juventud y bosque es muy posible que se nos vengan a la mente esas coloridas imágenes en las que las y los jóvenes, acompañados por algún político en campaña o por alguna marca comercial, acuden al cerro fulano a hacer alguna campaña de reforestación que va acompañada de algún *hashtag* que nos revela que la verdadera repoblación a buscarse no es la de un pino sino la de las preferencias electorales o bien la de *greenwashing* de una empresa que dice estar comprometida con el ambiente.

Es muy cursi pensar que como jóvenes nuestra labor es aprovechar nuestra vitalidad para ir a los bosques, plantar pinos y luego regresar a nuestros hogares con la satisfacción de haber salvado al mundo.

Disculparan las personas lectoras mis tintes pesimistas pero en realidad es una recriminación interna, puesto que en algún momento también lo vi de esa manera.

Pero toda mi percepción cambió cuando me di cuenta de que la enorme mayoría de lo reforestado no sobrevivirá por la falta de cuidados; que otra parte de lo reforestado no sobrevivirá por la falta de conocimiento técnico acerca de la plantación, que es mejor restaurar que reforestar, que cada vez hay más situaciones de inseguridad que afectan a los bosques y a sus habitantes.

Creo que el mayor activo de las y los jóvenes no es la vitalidad (que sin duda es importante); es en realidad el pensamiento crítico y disruptivo, el acceso que tenemos a la información y la capacidad para discernir la veracidad y la razón de la misma.



Me permito hablar un poco de mí misma y mi experiencia: mi nombre es Itzel Gaona, soy abogada. Tengo 25 años y soy la segunda presidenta municipal más joven de Michoacán, un estado beneficiado económicamente por la actividad agrícola, en especial por la producción del aguacate; fruto que al mismo tiempo ha sido el mayor potenciador de la destrucción de los otrora impresionantes bosques del estado.

Para mí es un privilegio tener la oportunidad de tomar decisiones en mi comunidad con una perspectiva de mujer, de joven que se preocupa por el medio ambiente y también por la gente.

Mi municipio, Ziracuaretiro, es vecino de Uruapan, la capital del aguacate, por lo que la problemática de este cultivo no nos es ajena.

El año pasado sufrimos uno de los incendios más catastró-

Reforestan bosques dañados por incendio en cerro del Cobrero

Foto: Red 113

ficos de los años recientes; sin duda, una de las causas de este siniestro fue la intención de potenciar la reutilización de la producción aguacatera.

Este incendio además de poner en peligro el futuro de la población, representó un riesgo inminente para la comunidad de Patuan, ubicada adelante de las barrancas naturales que descienden del cerro llamado Cobrero.

Al destruirse parte importante del bosque, se acabaron los elementos naturales que retenían el lodo, las piedras y los restos de pinos; con la llegada de las lluvias, estos materiales podían llegar hasta la comunidad y ocasionar destrozos y pérdida de vidas humanas.

Para solucionarlo se hizo una erogación de más de 200 mil pesos para la creación de presas que retuvieran todo el material; algo que el bosque hacía gratuitamente.

Aún nos falta hacer otras inversiones en presas para que la población no esté en riesgo, pero con lo que ya se hizo se salvaron vidas, literalmente.

Decimos que hay que cuidar el bosque para cuidar el futuro, para que nuestros hijos y nietos tengan aire. Hay que dejar de pensar en esto como algo que se debe hacer a futuro, ya no hay más tiempo.

El cuidado de los bosques, de cada uno de los árboles y las otras especies que lo conforman, tiene que ser ya, tiene que ser en tiempo presente.

La motivación para el cuidado del medio ambiente está cada día más cerca. Los riesgos de no hacerlo están presentes de manera directa en nuestras vidas. Recuerdo que cuando era niña, la motivación que nos daban era con referencia a Somalia: nos contaban la historia de un niño llamado Jamal, que caminaba 10 kilómetros para ir a un pozo de agua en su país.

Hoy sin embargo, la crisis no está en Somalia, está aquí en los bosques de Michoacán. Hoy basta mirar a Huetamo, un pueblo michoacano donde recientemente fallecieron más de 20 personas por situaciones asociadas a temperaturas extremas.

La facultad de "salvar el planeta" o, más bien, de salvarnos a nosotros mismos como especie recae en la juventud, en esos jóvenes que critican el sistema capitalista, que se niegan a ser parte de la utilería política y de las campañas de propaganda corporativa; esa juventud que pregunta, que investiga, que sabe que ésta es nuestra última oportunidad y que sabe proteger lo que en el pasado no se protegió.

Desafiando al consumismo, destructor de la vida en nuestro planeta

Isabel Ordaz Ávila

Correo-e: isaordaz.17@gmail.com

La contaminación, el calentamiento global, la pérdida de la biodiversidad, los incendios forestales y el aumento del nivel del mar son algunas de las expresiones más severas de la crisis socioambiental en que nos encontramos.

Una crisis proveniente de una lógica de producción y consumo ilimitados que ha explotado ríos, bosques, mares, selvas y montañas de forma desmedida con el fin principal de acumular riquezas.

Los estilos de vida opulentos y la aspiración a tener cada vez más objetos y bienes están terminando con la vida en este planeta.

La forma en que se consume y se desecha va a un ritmo tan veloz que es casi imposible que la Tierra pueda absorber el daño y renovarse, sin olvidar que el consumo también funciona como un dispositivo de exclusión social debido a que solo un sector de la población puede mantener estilos de vida que les permitan ser parte de la sociedad de consumo de Bauman.

Lo que más me preocupa de la crisis socioambiental es la desconexión entre el ser humano y la naturaleza que existe únicamente en el pensamiento: comprar, usar y desechar son tres acciones que solemos hacer todos los días, pero rara vez consideramos las implicaciones que tienen a nivel local y global, sobre todo cuando no conocemos la información de los productos que consumimos.

¿De dónde viene? ¿Quién lo hizo? ¿Cómo se produjo? ¿A dónde van los residuos generados? son preguntas que en un mundo ideal todo consumidor, no solo debería hacerse, sino que la respuesta



Una vista de la Ciudad de México

Foto: Isabel Ordaz

tendría que ser relevante al momento de adquirir algún producto, pensando que lo que consumimos cotidianamente tiene un impacto en la salud de la Tierra.

Para enfrentar con urgencia y efectividad la crisis socioambiental es fundamental reconocernos como seres eco-dependientes, conscientes de que el daño al planeta es un daño para la humanidad.

Esto es algo que el jefe indio Seattle ya tenía muy claro en 1854, cuando Franklin Pierce, presidente de los Estados Unidos, hizo una oferta para comprar las tierras del pueblo indígena:

“Es necesario que enseñen a sus hijos, lo que nuestros hijos ya saben, que la Tierra es

nuestra madre. Todo lo que ocurra a la Tierra, le ocurrirá también a los hijos de la Tierra. Cuando los hombres escupen en el suelo, se están escupiendo a sí mismos.”

Sabernos parte de la Tierra que habitamos es el primer paso para comenzar a transitar a estilos de vida sustentables que nos permitan generar armonía entre la sociedad y la naturaleza. Una de las principales prácticas para lograrlo es el cuidado de nosotros, de los otros y del planeta, puesto que además de necesitar de la naturaleza, el ser humano ha podido sobrevivir gracias a que en algún momento cuidó y fue cuidado.

Al respecto, cabe mencionar que las grandes empre-

sas han creado un falso cuidado del ambiente a través de estrategias publicitarias mejor conocidas como *greenwashing*, que solo confunden a los consumidores al exagerar o mentir sobre las cualidades “verdes” de sus productos.

Actuar ante un problema de magnitud global puede parecer imposible. Sin embargo, cuidar y defender la vida de este planeta desde mi día a día, tanto con acciones individuales y colectivas, es mi responsabilidad por el simple hecho de habitar esta Tierra y porque mi sola presencia en ella ya genera un impacto.

Me toca enfrentar la crisis socioambiental porque me niego a seguir viviendo en un mundo donde los océanos estén llenos de plásticos, donde los bosques se incendien debido a las altas temperaturas, donde la calidad del aire no me permita disfrutar de actividades al aire libre y donde las ganancias económicas importen más que la vida.

Me toca enfrentar la crisis socioambiental porque he crecido en una ciudad con grandes desigualdades ambientales donde pareciera que solo las personas con mayor poder adquisitivo pueden tener áreas verdes de calidad a la vuelta de la esquina.

Una ciudad que sigue tallando árboles, construyendo centros comerciales y extendiendo el pavimento porque el crecimiento económico sigue siendo más importante que la calidad de vida de sus habitantes.

Me toca enfrentar la crisis socioambiental porque quiero un mundo mejor para quienes ya estamos aquí, pero también para todas y todos aquellos que vienen.

Jóvenes: generación de ruptura actuando en pro del rescate de Cherán, Michoacán

Héctor Castillo Berthier

Correo-e: castillo.berthier.hector@gmail.com

¿Por dónde empezar? Frente a las crisis ambientales que vivimos cotidianamente (la contaminación del agua, la erosión de suelos, el manejo equivocado o inexistente de la basura y la deforestación de bosques y selvas, como resultado de proyectos extractivistas, políticas fallidas y gobiernos corruptos) es imposible no pensar en el actuar de los jóvenes.

A ellos se les presenta un mundo de complejas problemáticas las cuales deberán enfrentar. El futuro está ahora en sus manos.

No hay duda. Los jóvenes (ambientalmente hablando) son una "generación de ruptura". La gravedad de las problemáticas los ha orillado a ser los próximos agentes de cambio. Serán ellos quienes transformen nuestros espacios de vida, quienes puedan devolver un sentido de bienestar a las comunidades más afectadas, quienes puedan plantear soluciones para revertir el daño hecho por las generaciones pasadas.

Hay un ejemplo muy claro: los bosques de Cherán, Michoacán. Son una "isla de pinos", así se les describe.

Su aspecto hace 10 años era muy distinto. El bosque estaba amenazado. Talamontes clandestinos, coludidos con narcotraficantes habían desolado la zona. En 2011, un grupo de habitantes purhépecha, originarios de este territorio, se levantaron en armas para defender su región. Cerraron los accesos al pueblo con barricadas y fogatas y, poco a poco, recuperaron su comarca.

La devastación de los bosques de Cherán comenzó en 2008, en los años de la supuesta "guerra" contra el narcotráfico del calderonismo. Los narcotraficantes introdujeron en su lista de negocios el robo de madera (además del secuestro y las extorsiones). Hubo violencia, muertos. Cherán instauró entonces su propia red de guardabosques armados.

En este lugar no patrulla la policía ni las fuerzas armadas. Tampoco existen partidos políticos. En Cherán se rigen por sus usos y costumbres. Con el trabajo de los jóvenes se reforestaron 12 mil hectáreas de pinos que habían sido taldadas por los delincuentes... También aplicaron una lógica similar en el manejo de su basura.

Hoy todo eso cambió. Se organizaron colectivamente y ahora son palpables los beneficios directos de su acción. El éxito ambiental de Cherán popularizó el concepto de "cheranizarse" en los círculos ambientalistas.

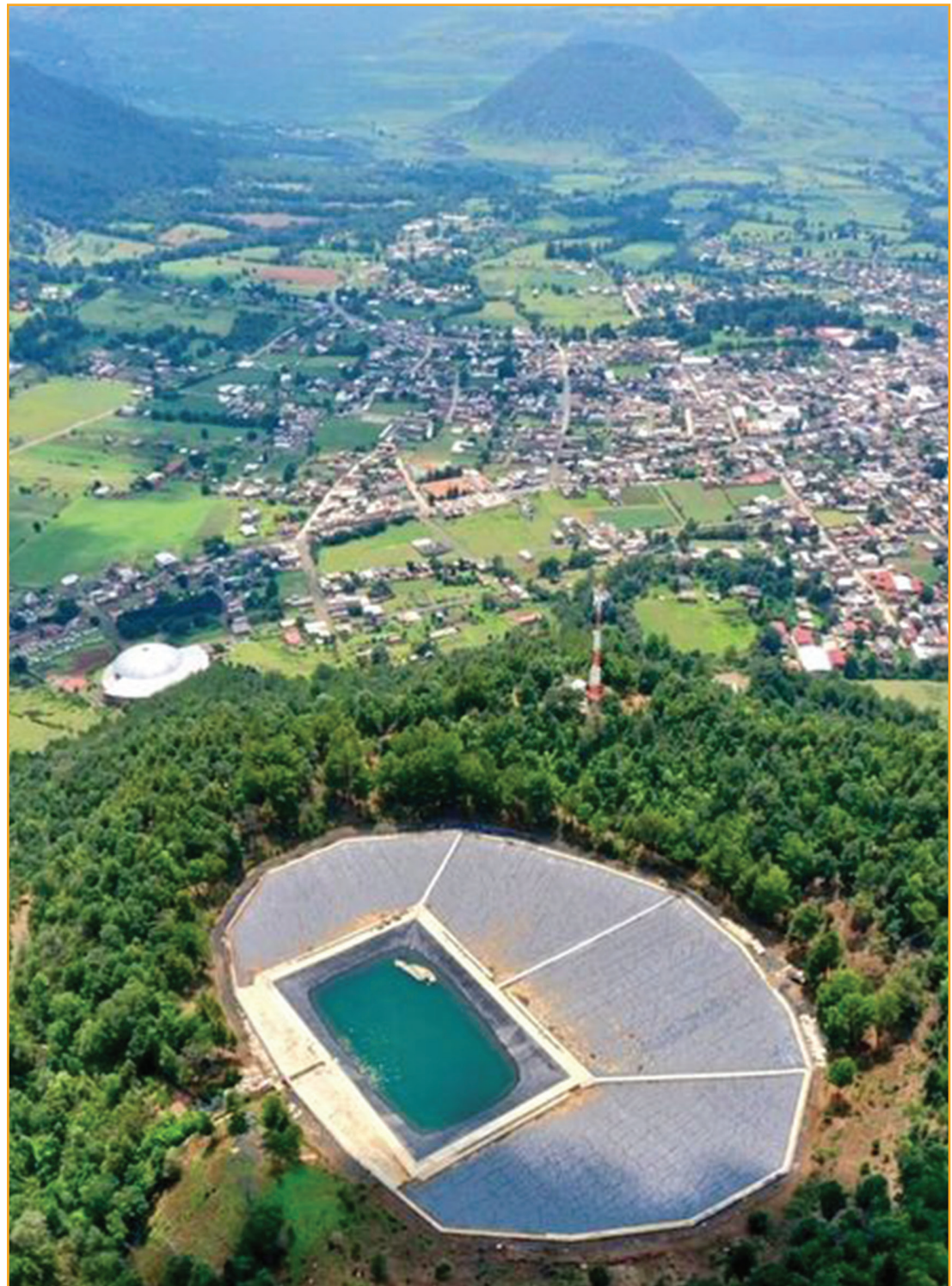
La zona quedó aislada de la incesante violencia en la región. ¿Qué sucedió? Sus jóvenes se organizaron.

Monsanto y los transgénicos

Hace una década también, las empresas transnacionales (Monsanto) y el gobierno federal mexicano eran un mismo ser. Prodigiosos cabilderos profesionales intentaban convencer a la gente de los "milagrosos beneficios" de los productos transgénicos.

Jugosos negocios multimillonarios aparecían cobijados por las políticas neoliberales.

Cuando todo esto se avallaba por el gobierno mismo, un grupo amplio y diverso de personas se organizó, consciente de lo que vendría en los próximos años.



El gran captador de agua de agua en el cerro Kukundicata

Foto: David Ambriz

¿A qué aspiraban? a defender al campo; a proteger la biodiversidad y las semillas en manos campesinas; a cuidar los maíces nativos y los derechos de las próximas generaciones.

¿Cómo lo hicieron? Se organizaron por la vía judicial.

"El 5 de julio de 2013 se interpuso una acción colectiva ante la justicia federal que iniciaría un largo y exitoso juicio que cumple diez años: una década que sabe a celebración y alegría, pues gracias a la lucha y el trabajo ininterrumpido de sus héroes y heroínas casi



anónimos se logró mantener suspendida la liberación de permisos de siembra de maíces transgénicos en México” (*Sentido común*, 07/VII/2023).

Desde hace 10 años, en México está prohibida la siembra de maíz transgénico, por lo menos en su fase comercial... Y si se llegara a sembrar, se haría bajo un desacato judicial.

Se trata de una demanda colectiva, emblemática en el mundo entero: “que ha logrado frenar las intenciones oscuras de apropiación de las semillas mexicanas en manos de las transnacionales, responsables de contaminar bienes comunes, como el agua y la tierra, con el herbicida glifosato”, (*op.cit.*)

Fueron 10 años resistiendo. Demostrando que se tiene la razón. Diez años combatiendo las mentiras, la desinformación y la tergiversación de datos.

En el 2021, la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN) dio la razón de manera definitiva a la colectividad.

Pero aún falta una resolución para que, de manera definitiva, se dé una sentencia definitiva para concluir el juicio. Habrá que esperar, pero mientras, el lema “sin maíz no hay país” resuena en marchas, canciones, documentales y en el arte popular como el grabado. Los jóvenes que lo expresan ejercen presión. Su participación en esta lucha ha sido fundamental.

Medio rural y ruptura

No por hablar del medio rural debemos asumir que la ruralidad se encuentra aislada de la urbanidad y de otras ruralidades.

Vivimos en un mundo de flujos, de intercambios, en un mundo de tránsitos, de movilidad. Las fronteras se vuelven espacios de encuentro, de tensión, son disolubles, son porosas.

Los jóvenes del medio rural no se encuentran aislados. Son parte de los flujos y de los intercambios. Son un agente móvil vinculado a las transformaciones en sus propios contextos.

Muchos están conectados a internet –si no es que la mayoría–. Las redes son también un lugar de encuentro con la globalidad. No parece extraño entonces encontrar a un grupo de jóvenes que nacieron y viven en Maní, Yucatán, y que gustan, cantan y bailan K-pop (pop coreano).

O de un grupo de jóvenes de Sotuta que utilizan grafiti, práctica que surgió en las periferias de las grandes ciudades como Nueva York.

Hay jóvenes que migran a las ciudades más cercanas para cursar sus estudios universitarios. O jóvenes que regresan a sus pueblos después de haber vivido y trabajado varios años en alguna cocina de los Estados Unidos.

Los jóvenes de la ruralidad –así como los de la urbanidad– son una población en movimiento. Son una población conectada en redes más amplias, que transitan entre la localidad y la globalidad.

Foto: CCMSS

El intercambio y el encuentro los coloca en una posición particular. Cuando voltean a ver su propio contexto –viéndose como parte de él– adquieren capacidad para moldearlo, revalorarlo, resignificarlo, adaptarlo y renovarlo.

En el encuentro cultural que deviene de estos flujos, están inmersos muchos otros procesos identitarios. Se trata de una realidad donde el medio rural fue desprestigiado por muchos años. “Vivir en un pueblo” se convirtió en un sinónimo de pobreza. El rechazo a esa trama y a la propia identidad eran una respuesta común entre los jóvenes.

Hablar una lengua originaria era sinónimo de rezaigo, lo cual se volvió un tema de vergüenza para las familias en la crianza de sus hijos e hijas. Hablar español, por lo tanto, era la vía para integrarse a una sociedad moderna y urbanizada.

Esta percepción fue sostenida durante muchos años por las políticas del Estado, por las políticas indigenistas y por los esfuerzos nacionalistas de integración.

Las nuevas generaciones no se avergüenzan por el contexto en donde viven. Se ha despertado un orgullo sobre su origen; hay una revalorización tanto personal como colectiva.

La pobreza ya no significa vivir en un techo de palma y hablar una lengua “originaria”.

Y aunque el medio rural puede tener muchas carencias (estar conectado al agua potable, al drenaje, tener luz, accesos a la cultura, a bibliotecas, a internet –la brecha digital sigue siendo grande–), en este medio existe la riqueza de un bosque, del “monte” y un conocimiento invaluable sobre su territorio.

El conocimiento de las prácticas donde se sostiene el mundo, como el cultivo de los alimentos, la partería, la herbolaria, entre muchos otros.

Los jóvenes nutren su perspectiva desde el encuentro y entonces adquieren la capacidad de transformar las realidades de los contextos en donde nacieron, donde crecieron y donde habitan sus familias.

Revalorar es no tener vergüenza de decir “soy maya”, es tener iniciativa para aprender a hablar y fomentar el uso de su lengua, cuando sus padres se esforzaron para no hablarla y no inculcárselas.

Los jóvenes rurales son una generación de ruptura en un cambio hacia la revalorización del campo, de la ruralidad y de la cultura propia... Es otra manera de “amor propio” desde una visión colectiva.

Hoy este escenario está en proceso de cambio. Se debe fortalecer la ciudadanía ambiental de los jóvenes trabajando por sus comunidades y evitar las crisis ambientales... Sean las que sean.

Entre la resistencia y la esperanza, se sigue luchando en Cherán

Miriam Daniela Niniz Rojas

Fogata Kejtsitani Mujeres por la Memoria de Cherán, Michoacán, y Alianza por la Libre Determinación y Autonomía (Aldea)

Hablar de medio ambiente hoy me resulta abrumador. Significa pensar en el hecho de habitar un mundo en decadencia, pero también implica resistencia y defensa de lo que nos es común: el territorio que habitamos.

Si bien por fronteras políticas podríamos pensar en el territorio como un espacio limitado, en un sentido amplio de cuidado del medio ambiente, ese medio es un todo y nos compete a todos.

Mi forma de sumarme a esa resistencia y defensa a la que estamos obligados quienes vivimos en las zonas rurales del país, siendo además joven, mujer, indígena p'urhépecha e integrante de la Fogata Kejtsitani de las Mujeres por la Memoria de Cherán, Michoacán, ha sido incorporarme a la Alianza por la Libre Determinación y Autonomía (Aldea).

La Aldea está integrada por comunidades indígenas afectadas por algún tipo de violencia hacia su territorio y por las que luchan por una vida digna. Sin embargo, no solo son cosa común los atropellos a su territorio y autonomía, en contraposición también les es común la organización, la resistencia y la lucha.

Buscan nuevas posibilidades para una vida digna y un ejercicio pleno de sus derechos que les permita cuidar de sus recursos naturales. Sueña absurdo que se tenga que luchar por la libertad de cuidar tu territorio, pero es algo a lo que, por desgracia, estamos acostumbrados.

El capitalismo, por lo que implica en sí mismo, es incompatible con el cuidado del medio ambiente. Es un sistema de acumulación de riqueza



para una minoría y que se expande sin consideración.

Desde mi contexto, una comunidad indígena en Michoacán, veo a mi abuelo siendo campesino y a otras personas de mi comunidad que usan recursos naturales del entorno, pero nunca en toda su vida generarán la misma huella de contaminación que una transnacional.

Cuando lo pienso, pareciera ser que lo que hacemos no importa; que las prácticas depredadoras han ido permeando poco a poco mi entorno. Pero no podemos perder la esperanza.

La Alianza por la Libre Determinación y Autonomía re-

Foto: Cherán K'eri (facebook)

presenta no solo una búsqueda de reconocimiento en un marco legal, sino en un sentido más amplio: el reconocimiento y articulación de todas las comunidades y organizaciones de base comunitaria.

La importancia de los jóvenes dentro de este proceso es vital, pues hablamos de deudas históricas a los pueblos originarios. Al mismo tiempo, es crucial un diálogo intergeneracional. Comunicar es importante no solo hacia afuera de la comunidad o de la organización, sino hacia adentro.

Pensar la tecnología desde otras posibilidades. Es esencial la apropiación de herramientas que se sostengan

desde formas que no están diseñadas para defensa de territorio. Podemos emplearlas para diseñar formas de comunicación alternativas a los medios masivos, creando un puente entre generaciones y culturas.

Asumir una responsabilidad con el territorio que habitamos, comprenderlo y disfrutarlo de forma responsable, es nuestra misión y nuestro legado. Como mujer joven, y miembro de una comunidad indígena, veo en Aldea y en nuestra lucha conjunta una esperanza y un camino hacia un futuro donde la naturaleza y la humanidad coexistan en armonía.

El camino hacia la sostenibilidad para empoderar a las y los jóvenes

Ismael Arce Estrada
C. Dr. en Ciencias de la Sostenibilidad, UNAM
Correo-e: ismaeluepeg@gmail.com
[@IsmaelArceE](https://twitter.com/IsmaelArceE)

Como joven estudiante e investigador, mi pasión por el medio ambiente y mi compromiso con los procesos que llevan a su conservación se han convertido en una parte esencial de mi vida.

A través de mi investigación como tesista en el tema del empoderamiento, he comprendido la importancia de incluir a las juventudes en la toma de decisiones para la sostenibilidad.

Las y los jóvenes, no solo podemos, sino que ya estamos marcando una diferencia en la protección de nues-

tro planeta, a fin de garantizar un futuro sostenible. No obstante, aún existe una enorme brecha para que las juventudes participemos e incidamos plenamente en este ámbito.

Una de las principales barreras para nuestra participación efectiva es la falta de representación y reconocimiento de la voz juvenil en los espacios donde se toman las decisiones.

Muchas veces, las y los jóvenes somos excluidos de los procesos políticos y nuestra opinión es ignorada, lo que puede desalentar el compro-

miso y voluntad de comprometernos en los temas de sostenibilidad.

Otro obstáculo significativo es la limitada disponibilidad de recursos y oportunidades para que las juventudes se capaciten y participen en actividades relacionadas con la sostenibilidad.

La falta de acceso a la educación y la formación específica en este campo puede dificultar que los jóvenes adquieran los conocimientos necesarios para tomar decisiones informadas y liderar iniciativas.

Asimismo, la falta de financiamiento para proyectos liderados por jóvenes puede obstaculizar la implementación de ideas innovadoras que podrían contribuir significativamente a la sostenibilidad.

Superar estas brechas es esencial para aprovechar el potencial y el entusiasmo de las juventudes en la construcción de un futuro más sostenible y resiliente.

En mi caso, como estudiante de posgrado e investigador joven en una de las universidades con mayor prestigio en Latinoamérica, he tenido el

Trabajando los temas de conservación con diversas comunidades
Fotos: **Ismael Arce**





privilegio y la oportunidad de participar en diversas iniciativas ambientales y sociales.

Desde proyectos de conservación ecológica hasta campañas de concientización en el ámbito comunitario. En este camino, he sido testigo del impacto positivo que podemos lograr al trabajar juntos por un objetivo común: garantizar que todas las personas vivamos en un ambiente sano.

En específico, mi investigación sobre empoderamiento en el contexto de la sostenibilidad me ha enseñado que el conocimiento es una herramienta poderosa para el cambio.

Como joven estudiante, me siento empoderado al adquirir conocimientos sólidos sobre los desafíos y las soluciones ambientales, lo que me permite tomar decisiones informadas y fomentar el cambio en mi entorno.

La posición de liderazgo que he asumido en iniciativas medioambientales. En este proceso he aprendido que el liderazgo no solo implica dirigir, sino también inspirar y movilizar a otros jóvenes para que se unan a la causa, ya que solo actuando de ma-

nera colectiva podemos hacer una diferencia significativa en múltiples espacios, como el académico, político, económico e incluso cultural de nuestras sociedades.

En concreto, la representación y participación plena de las juventudes en los diferentes ámbitos de nuestras sociedades es una pieza clave para construir un futuro más sostenible y respetuoso con el medio ambiente.

Los jóvenes aportamos una perspectiva fresca y una mentalidad abierta que puede desafiar las prácticas tradicionales y fomentar la innovación en la búsqueda de soluciones a problemas que implican una gran complejidad.

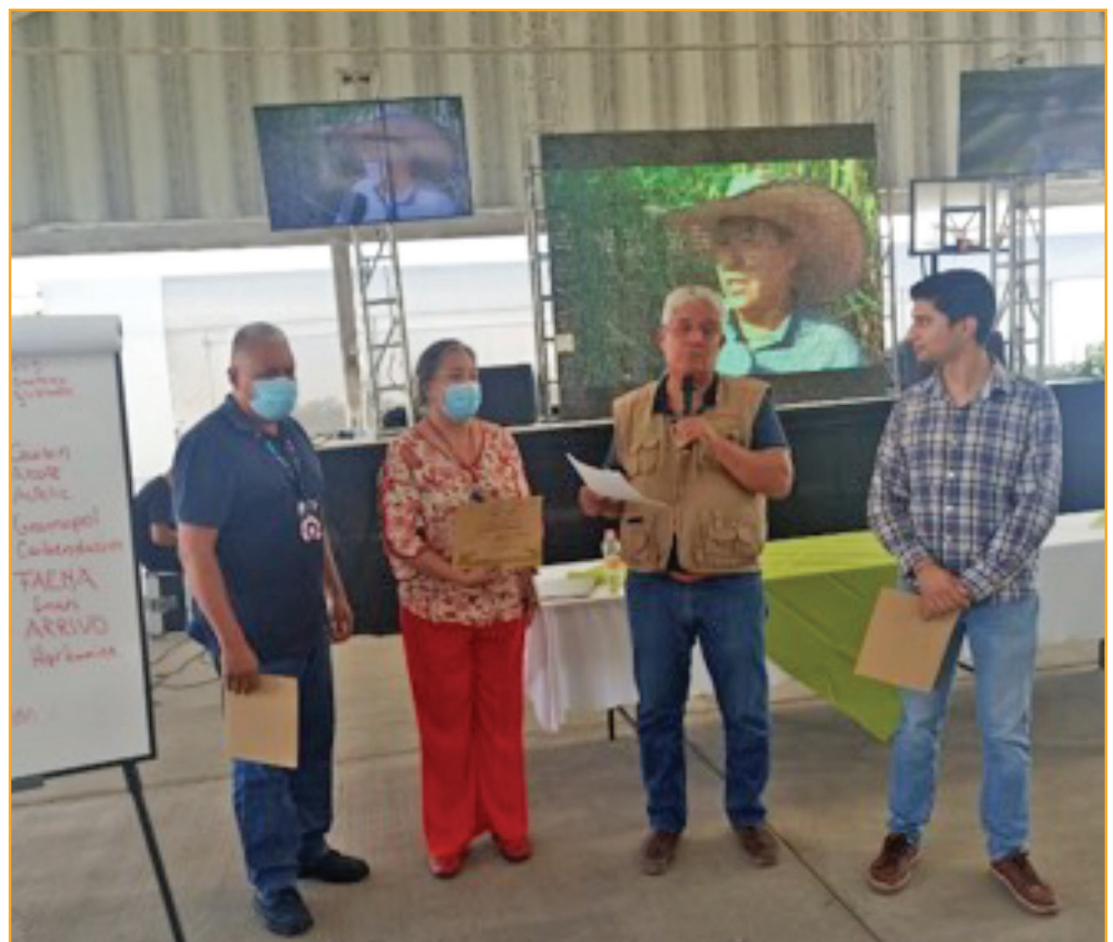
Nuestro entusiasmo y compromiso son motores clave para generar conciencia y movilizar a la sociedad en la lucha contra temas de gran preocupación, como el cambio climático, la pérdida de biodiversidad y otros desafíos ambientales.

Además, nuestra inclusión en estos temas garantiza que las decisiones y políticas que se tomen hoy tengan en cuenta las necesidades y preocupaciones de las generaciones

futuras. Los jóvenes y las siguientes generaciones seremos los herederos del planeta y los principales afectados por las consecuencias de las acciones actuales.

Al empoderar a las y los jóvenes con educación y oportu-

nidades para participar activamente en la toma de decisiones se nos concedería la responsabilidad y la capacidad de ser líderes del cambio, forjando un camino hacia una sociedad más sostenible y un futuro más esperanzador.



La ecoansiedad en los jóvenes tiene su origen en el amor por la vida

Leonor Solís
Instituto de Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad, UNAM
Correo-e: lsolis@iies.unam.mx

En la era actual, las y los jóvenes enfrentan una amenaza ambiental sin precedentes que ha generado ecoansiedad en millones de personas alrededor del mundo. Esta angustia, una respuesta comprensible a la crisis ecológica, despierta emociones complejas y genera inquietud por el futuro. ¿Cómo podemos gestionar esta ansiedad colectiva y promover un cambio real?

Vivimos en una época marcada por una crisis ambiental sin precedentes, lo que ha llevado a las y los jóvenes a experimentar una ecoansiedad, que se extiende por todo el planeta.

A diferencia de generaciones anteriores donde las catástrofes estaban limitadas por el tiempo y el espacio, hoy enfrentamos un peligro ambiental global, donde el cambio climático, impulsado por actividades humanas, amenaza con causar catastróficas consecuencias para la civilización humana y la biodiversidad.

No hay ninguna duda de que el cambio climático está ocurriendo, ha sido causado por los seres humanos y tiene consecuencias planetarias catastróficas. Las evidencias del cambio climático son cada vez más visibles, con olas de calor devastadoras, incendios forestales, huracanes, sequías

e inundaciones sin precedentes. Estos fenómenos, combinados con la escasez de agua y la reducción de las cosechas, han dado lugar a conflictos intra e interestatales y a la aparición de refugiados climáticos.

Producto de dicha crisis ambiental ha surgido el fenómeno de la ecoansiedad, que afecta psicológicamente a las generaciones jóvenes de todo el mundo. Un estudio de la Universidad de Bath reveló que cerca del 60 por ciento de los jóvenes de 16 a 24 años de diez países se sienten extremadamente preocupados por el cambio climático, y el 45 por ciento afirmó que esto ya afecta negativamente su vida diaria.

Sentimientos de miedo, tristeza, ansiedad, enojo, impotencia y culpa abruma a más del 50 por ciento de ellos. Muchos también expresaron sentirse traicionados por la falta de acción de sus gobiernos.

El término “ecoansiedad” ha sido acuñado para describir los pensamientos y sentimientos negativos relacionados con la crisis ambiental. Es un miedo crónico hacia un colapso ambiental, que provoca emociones como tristeza, ansiedad, ira, impotencia, desamparo y culpabilidad. Sin embargo, algunos autores reconocen que la ecoansiedad no debería conside-

Restauración y limpieza en el CCH Sur





rarse una psicopatología, en tanto a que es una respuesta completamente racional a la realidad que vivimos.

No es un brote de enfermedad mental sino un brote de cordura, una señal de que estamos vivos y respondemos a nuestra realidad.

Para abordarla, es esencial ayudar a las y los jóvenes a gestionar su angustia y desarrollar su autoestima, resiliencia y eficacia para tomar medidas significativas ante las crisis ambiental y climática.

Algunos expertos señalan que debemos evitar tratar la ecoansiedad como una cuestión individual, ya que es una respuesta colectiva a una situación peligrosa. En lugar de negar estos sentimientos, es fundamental reconocerlos y buscar formas de afrontarlos colectivamente.

La ecoansiedad debe ser vista como una reacción "sana" ante una realidad amenazante.

Matthew Adams, investigador de psicología en la Universidad de Brighton, ofrece consejos para enfrentar la ecoansiedad cuando parece abrumadora:

- ▼ Reconocer las emociones difíciles.

Aceptar que la ansiedad y otras emociones son respuestas naturales al contexto en que vivimos reflejan una respuesta psicológica saludable al hecho de que vivimos en una época en la que se está desmoronando mucho de lo que consideramos respecto a la calidad de vida, el progreso y lo que nos depara el futuro.

Si reconocemos estas emociones difíciles en nosotros mismos y en los demás, es menos probable

que adoptemos mecanismos de negación y defensa.

La naturaleza contraproducente de estos mecanismos en nuestra capacidad para afrontar colectivamente los problemas sociales está bien documentada. Por ejemplo, si todo el mundo desvía la responsabilidad de la acción climática hacia los demás, es poco probable que las soluciones climáticas consigan mucha repercusión.

- ▼ Reconocer que es normal sentirse abrumado:

Es importante reconocer que es normal sentirse abrumado tanto por la dificultad de abandonar los estilos de vida intensivos en carbono, como ir de compras, de vacaciones, conducir, como por la falta de resultados visibles a mayor escala que se derivan de los cambios que ya podríamos estar haciendo de manera individual.

Hay una larga historia de intereses creados que afirman el mantra de la

Labores de limpieza en los jardines de la UNAM

responsabilidad personal donde un énfasis estratégico clave ha sido "culpar al consumidor", como la aprobación de "consejos" para reducir el consumo individual.

Este enfoque desvía la atención de la necesidad de un mayor cambio económico, social y estructural. Al fin y al cabo, un problema estructural requiere una solución estructural, no individual.

- ▼ No estás solo.

Comprender que la ecoansiedad es un sentimiento compartido y colectivo nos ayuda a conectar con otras personas, compartir preocupaciones y trabajar juntos para impulsar cambios políticos significativos.

Nos encontramos en medio de un problema planetario, con una carga emocional a escala planetaria.

De hecho, como sostiene desde hace tiempo el climatólogo estadounidense Michael E. Mann, si quie-

res pensar en un cambio de comportamiento individual eficaz, lo más útil que puedes hacer es contribuir a la presión colectiva para lograr cambios políticos de mayor envergadura.

Esto empieza por compartir nuestras preocupaciones y conectar con los demás.

La ecoansiedad no tiene un remedio definitivo, pero podemos enfrentarla de manera colectiva, abordando los desafíos sociales y psicológicos que plantea la crisis climática.

Reconocer nuestras emociones, aceptarlas como parte de nuestra respuesta natural y unirnos para abordar el problema son pasos cruciales hacia un futuro más sostenible y esperanzador.

La ecoansiedad, por lo tanto también puede ser el motor que nos impulse a cuidar de nuestro mundo y crear un futuro mejor para todos. Nunca pierdas de vista por qué te preocupas tanto. La ansiedad ecológica tiene su origen en la biofilia, el amor por la vida.

A sí nos organizamos para luchar contra la megaminería en Morelos

Bernardo Luis Mc Kelligan

@b_luismc

En el norponiente del estado de Morelos duerme un dragón. Hace más de 20 años en el municipio de Temixco fueron concesionadas 15 mil 025 hectáreas a la empresa Esperanza Silver de México, actual subsidiaria de la canadiense Zacatecas Silver.

De acuerdo con la manifestación de impacto ambiental (MIA) rechazada por la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat) en el 2013, el proyecto extractivo de Esperanza Silver buscó y sigue buscando abrir dos tajos a cielo abierto para explotar oro y plata.

El más grande de un kilómetro de diámetro y ochenta metros de profundidad. De ser publicada y subsecuente-

mente aprobada una nueva MIA por la Semarnat, la empresa tiraría miles de árboles que ocupan la zona, dinamitaría el suelo y mezclaría la tierra extraída con agua y cianuro.

El proyecto tendría afectaciones sociales, culturales y ambientales (algunas de las cuales ya se pueden ver por la inserción de la empresa en el tejido social y las actividades de exploración de minerales).

La concesión abarca once núcleos agrarios y cientos de hectáreas de selva baja caducifolia conservada. Uno de los tajos plantea hacerse en el Cerro del Jumil, el cual fue el observatorio astronómico de Xochicalco, principal zona arqueológica de Morelos y designada Patrimonio Cul-

tural de la Humanidad por la UNESCO.

Además, las constantes detonaciones podrían afectar la integridad misma de Xochicalco, ubicada a solo dos kilómetros del tajo propuesto.

Adicionalmente, más de 200 mil personas viven en un radio de 10 kilómetros; ellas podrían verse afectadas severamente en su salud por las partículas tóxicas que generan las detonaciones; en sus derechos, por la destrucción de su patrimonio biocultural; en su economía, por la erradicación de las actividades productivas locales como el turismo, la agricultura y la pesca; en sus recursos, por la pérdida significativa de reservas de agua –el complejo utiliza-

ría hasta dos millones de litros de agua diarios–, y, en su bienestar por la delicada asociación entre proyectos extractivos y la rampante inseguridad mexicana. Por eso, y más, somos muchos y muchas quienes nos oponemos a la mina.

La oposición al proyecto “Esperanza” (como, irónicamente, han decidido llamarlo) se dio desde que se planteó. Incluye a ambientalistas urbanos y rurales, campesinos, académicas y académicos, defensores y defensoras del territorio, comunidades indígenas, pobladores en general e incluso funcionarios públicos de todos los niveles.

Es individual, colectiva y organizada. La constituyen varios frentes y movimientos

Cerro del Jumil con los rastros de los caminos de exploración

Foto: Subversiones, Agencia Autónoma de Comunicación



desde la sociedad civil al cual yo y muchas más juventudes nos hemos unido a lo largo de los años. La lucha es estratégica: a veces vocal y a veces silenciosa, a veces amplia y a veces particular, a veces mediática y a veces legal. El panorama cambia todos los días y con ello nuestras estrategias.

Las y los jóvenes de las comunidades se han acuerpado en una colectiva: *Guardianxs del territorio*, la cual desarrolla actividades lúdicas de reconocimiento, apego y arraigo al territorio: reconocimiento de reptiles y flora local, avistamiento de aves, observación nocturna de los astros, concurso de resorteras, concurso de papalotes y demás actividades que generen una contra-narrativa al discurso desterritorializador de la empresa.

Las juventudes urbanas de Cuernavaca, por nuestra parte, hemos encontrado nuestro nicho en la lucha digital. Muchas de las principales redes sociales y campañas contra el proyecto "Esperanza" fueron conceptualizadas e impulsadas activamente por las y los jóvenes.

Una de las campañas más exitosas fue impulsada desde Morelos Sin Mina, en *facebook* y *11ynosvamos*, en *Instagram*. Diversas juventudes grabamos y editamos videos (algunos utilizando equipo especializado como drones o equipo de sonido), subimos fotos y diseñamos infografías para apoyar una campaña para cancelar las concesiones mineras.

Reunimos más de 23 mil firmas y en conjunto con académicos y pobladores las entregamos a la Dirección General de Minas de la Secretaría de



Economía. Ahí no obtuvimos respuesta, pero un día después, la Semarnat emitió un comunicado oficial donde por primera vez ponía por escrito su compromiso de no dar nuevos permisos (MIA) de explotación minera en todo el país (antes de la reciente reforma minera era el único documento necesario para poder comenzar a operar una mina donde ya se tienen concesiones mineras).

Para los esfuerzos de *Cambiémosla Ya*, una colectiva de organizaciones y movimientos de todo el país con el objetivo de asegurar un nuevo y justo marco legal para la minería, son también las juventudes quienes hemos impulsado su presencia digital.

El video de poco más de dos minutos que detalla el complejo y desalentador panorama minero nacional y llama a las y los congresistas a cambiarlo es un buen ejemplo de ello. La lucha digital, característica de las resistencias del siglo XXI, es liderada e impulsada por juventudes. La confianza e incorporación de nuevas generaciones en la resistencia contra la desposesión y la destrucción ambiental ha mostrado y promete tener grandes resultados en la era digital.

En las próximas semanas que la Suprema Corte de Justicia de la Nación tome una decisión con respecto a la impugnación de la nueva Ley Minera, que es preferible a la anterior –aunque todavía in-

suficiente–, veremos de nuevo una amplia campaña digital para evitar la derogación de la Ley y las juventudes de México serán cruciales para impulsarla, crecerla e insertarla en la discusión mediática.

Manta contra la mina en Tetlama

Foto: Los Ángeles Press



Arte y educación ambiental para defender el Río Bravo

Janette Terrazas Islas

Correo-e: art.mustangjane@gmail.com

El Río Bravo, mejor conocido como Río Grande, es el cuarto río más largo del continente americano; nace en las montañas de San Juan Colorado y desemboca en el Golfo de México. En su trayecto hace intersección con el Río Conchos y juntos cubren una longitud de 3 mil 034 kilómetros a lo largo de la frontera entre México-Estados Unidos.

Las poblaciones nativas americanas lo consideran sagrado, ya que lleva en sus entrañas el elemento vital que sostiene el equilibrio de los diversos ecosistemas, es la arteria que se conecta con otras venas. Las comunidades nativas han consagrado infinitas ceremonias honrando su espíritu a lo largo del tiempo.

Sin embargo, los procesos colonizatorios y la narrativa occidental de los pasados 500 años han transformado y reforzado la noción de que el Río Bravo no es un río, sino un límite fronterizo; tal y como sucede con otros ríos y otras fronteras. Hoy, el Río Bravo vive una situación de salud crítica por que desde el área de Ciudad Juárez a Ojinaga ya no lleva agua.

Los tratados internacionales sobre la distribución de agua no se han actualizado desde hace casi 100 años; las compañías extractivas agroindustriales toman millones de galones de la superficie para los riegos de nogal y alimento para ganado; la militarización, el muro y las represas no permiten el libre flujo y la negligencia de las instituciones locales permiten que se contamine y en él se viertan millones de galones de aguas negras en su caudal. Todo esto hace que hoy en día aquel gran Río Bravo se encuentre



en un estado de alta vulnerabilidad.

¿Y cómo es que el arte, y las y los jóvenes desempeñamos un papel importante en la lucha para preservar el ecosistema del Río Bravo?

Las sociedades industriales contemporáneas nos hemos alejado de la naturaleza y tomando como referencia la experiencia geopolítica de la frontera también nos hemos alejado del río.

Pero el arte es un canal de comunicación que nos permite conectar a las personas con experiencias directas a través de los sentidos. Al vincular los procesos artísticos en la lucha por preservar el ecosistema podemos informar y educar.

En 2021, tras una serie de visitas al Río Bravo en medio de la pandemia global, se creó un dispositivo de textil electrónico llamado "Río Arduino" que captura el sonido de las aves en tiempo real a través de una interfase, celdas solares y radiofrecuencia.

Con el dispositivo textil electrónico llamado "Río Arduino" fueron capturados los sonidos de las aves en tiempo real

Foto: Janette Terrazas

El ambiente sonoro se transmitió de manera virtual durante una hora siendo el sonido de las aves migratorias del Río Bravo el punto focal. Esto con la intención de documentar la vida y migración de diversas aves como las monjitas americanas, diversas garzas que migran desde Colombia y el Caribe, los patos canadienses y algunas especies endémicas como el toro sargento rojo.

La idea de estar en pandemia y no poder salir no debería ser un motivo más para desconectarnos de la naturaleza, si no una manera de encontrar las vías para regresar a ella. La transmisión se puede escuchar hoy en <https://rio-arduino.mixlr.com/>

Como parte de las actividades del Frente de defensa del Río Bravo, quienes lo integramos hicimos varias expediciones al Valle de Juárez para pajear en comunidad y para ir identificando la fauna y flora del río; esto nos permitió te-

ner un contacto directo con la experiencia, conectar entre personas y sentirnos más conectad@s al mundo natural así como discutir temas que nos preocupan, como lo son la contaminación y el estado actual de los acuíferos y su recarga.

En mayo del 2022, un grupo de jóvenes del sector Anapra recolectamos agua de la superficie del Río Bravo, con la intención de medir la alcalinidad y la acidez del agua. Al estar tan lastimado el ecosistema por tantas descargas de aguas negras que caen por gravedad sobre las faldas del río, detectamos un grado muy alto de alcalinidad; lo hicimos utilizando "grana cochinilla", un pigmento natural sensible al PH del agua y que ha sido utilizado históricamente para teñir los huipiles y piezas precolombinas.

Cuando la grana es morada es alcalina y cuando es naranja es ácida. En este experimento las muestras fueron color morado. Y esto se debe a que el agua contiene un alto grado de sustancias químicas como los detergentes y lo que se vierte desde los drenajes. Así, los jóvenes aprendimos sobre las propiedades de los pigmentos naturales pero también sobre la situación actual del Río Bravo.

Lo que estamos haciendo los jóvenes en el Río Bravo es un ejemplo de arte llevado a la acción; muestra el poder del simbolismo, nos acerca a diversas voces, nos da acceso a otros significados y nos muestra la importante labor de documentar los hechos.

La lucha, la organización social es la que transforma al arte en un medio que nos prepara, nos informa y nos educa.

La construcción de otros mundos es tan urgente como posible

Sofía Espinosa

Coordinación Universitaria para la Sustentabilidad
UNAM

Correo-e: sofiaespb@gmail.com



Al reflexionar en torno al conjunto de condiciones que han acompañado mi proceso formativo alrededor de la sustentabilidad, vinieron a mi mente amigas y amigos entrañables, maestras y maestros, espacios, colores, sabores, aromas, lecturas, territorios, sentipensares y procesos complejos.

Mi interés por acercarme a comprender la crisis socioambiental actual y, particularmente, los desafíos relacionados con los sistemas alimentarios en contextos urbanos, surgió en los cursos de la licenciatura en Desarrollo y Gestión Interculturales (DyGI).

Este espacio académico me permitió reflexionar en torno a la relación sociedad-naturaleza desde un enfoque interdisciplinario y a partir del reconocimiento de la diversidad.

DyGI es una licenciatura particular en el contexto de la Facultad de Filosofía y Letras, pues tiene el objetivo de intervenir en la academia y en la sociedad. Esta formación me enseñó lo necesario que es transformar las prácticas académicas y de enseñanza, que el pensamiento crítico se construye y se practica al salir de los espacios académicos a mirar otras cosmovisiones, otras formas de vida, otras geografías.

En esta licenciatura aprendí sobre temas muy diversos como son las problemáticas que enfrenta el campo mexicano, la gestión del patrimonio biocultural y la dimensión social de la ciencia y la tecnología. Asimismo, comprendí que la sustentabilidad tendría que ser un eje transversal de los procesos educativos formales y no formales en todos los niveles.



Es un derecho de las infancias y las juventudes conocer cuáles son las condiciones que posibilitan y ponen el riesgo la reproducción de la vida en todas sus formas.

Al concluir la licenciatura decidí que, además de abordar los problemas socio-ambientales desde el ámbito académico, quería también formar parte activa de los procesos que están posibilitando la construcción de alternativas hacia sistemas alimentarios más sostenibles.

Las Redes Alimentarias Alternativas (RAA) –iniciativas de abasto alimentario que favorecen la articulación de productores y consumidores bajo otra racionalidad econó-

Felipe, productor de La zona chinampera y la autora del texto

Foto: Abraham Rivera, 2022

mica– se convirtieron en mi tema de investigación y, sin saberlo, pasarían a ser parte fundamental de mi formación no solo académica, sino también personal y profesional.

Desde hace cuatro años formo parte de la Cooperativa de Consumo La Imposible, una organización que a través de la distribución de alimentos y diversos productos busca responder a diversas demandas vinculadas con la alimentación, y contribuir al fortalecimiento de procesos políticos como la agroecología y la defensa del territorio.

Las RAA me han demostrado que la construcción de otros mundos es tan urgen-

te como posible. Es posible cada vez que un pequeño productor o productora continúa sembrando sin agroquímicos en el suelo de conservación de una ciudad de más de 9 millones de habitantes.

Sucede también cuando desafiamos los ritmos y las violencias que nos imponen diariamente los ciclos de la economía capitalista poniendo en práctica la autogestión, la horizontalidad y la solidaridad.

Las RAA además me permitieron reflexionar sobre la importancia de establecer otro tipo de relaciones con las zonas rurales y con sus productores. Creo firmemente que la transformación de nuestras relaciones de producción y con-



El primer mercado universitario alternativo se llevó a cabo en noviembre de 2022

Foto: Juan Antonio López



Canal bordeado por ahuejotes (*Salix bonplandiana*), los guardianes milenarios de Xochimilco

Foto: Colectivo Ahuejote

sumo requiere asumir una postura ética, crítica, y de corresponsabilidad que nos permita reconocer nuestra capacidad de acción frente a nuestros contextos y de acuerdo a nuestras posibilidades.

Como lo han demostrado muchos científicos y humanistas, nos encontramos ante un punto de quiebre, el futuro de nuestro mundo depende de lo que hagamos ahora en los lugares que habitamos. Esta situación nos exige otras formas de existir y coexistir; otras formas de alimentarnos y producir nuestros alimentos, otras maneras de consumir.

Una de las opciones que tenemos para actuar es la corriente crítica de la sustentabilidad, que es una apuesta política para caminar hacia ese otro horizonte.

La sustentabilidad se plantea generar transformaciones sociales, ambientales y económicas que permiten responder a la crisis socioambiental.

Entendida como un proceso –individual y colectivo–, la

sustentabilidad confronta, es autorreflexiva, imaginativa, creativa y retadora.

Al escribir estas letras recuerdo la incertidumbre que sentí en muchos momentos al haber estudiado la carrera que elegí. Hoy me alegra no haber desistido, después de mi paso por DyGI, decidí continuar mi formación académica en la maestría en Ciencias de la Sustentabilidad, un posgrado que busca abordar desde un enfoque transdisciplinario la complejidad de los sistemas socioecológicos.

Actualmente trabajo en la Coordinación Universitaria para la Sustentabilidad (CoUS), en donde me encuentro desarrollando proyectos relacionados con consumo sustentable. Esta es una invitación para continuar articulando la teoría y praxis.

Es posible insertarnos en procesos que se contrapongan a las lógicas del modelo dominante y busquen dinamizar el cambio social en los distintos espacios en los que nos desarrollemos.

Si hemos destruido nuestro planeta, tenemos que poder reconstruirlo

María Ordaz

En memoria de Omar García, estudiante de ingeniería en sistemas energéticos de la UACM. Murió el 8 de febrero del presente año, tras ser arrollado por un automovilista en el trayecto hacia su casa.

La crisis socioambiental que hoy experimentamos nace, en gran medida, de una idea equivocada de progreso. Se nos ha inculcado dicha idea desde que nacemos, y esta

idea determina una gran parte del criterio que tenemos para hacer nuestra vida como jóvenes.

Nos han enseñado que prepararnos y estudiar es necesario para tener un "buen" trabajo que nos brinde recursos económicos para comprar un auto nuevo, una gran casa y la mayor cantidad de cosas ma-

teriales posibles. Eso es el éxito y todos queremos alcanzarlo; la capacidad adquisitiva lo representa en buena medida.

Lo que muchas veces olvidamos es que el sistema de producción y consumo capitalista hace que muchas de estas metas sean una amenaza para el medio ambiente. La cantidad exorbitante de autos

La voz de Berta Cáceres
Foto: María Ordaz



“Mientras tengamos capitalismo, este planeta no se va a salvar, porque es contrario a la vida, a la ecología, al ser humano, a las mujeres”.

Berta Cáceres.

en la ciudad, la expansión de la mancha urbana y la superproducción que crea millones de toneladas de desechos al día se han convertido en una seria amenaza ambiental.

¿Podemos aspirar a establecer un modelo socioeconómico distinto que sea amable con el ser humano y con todos los seres vivos o es solo una utopía? ¿Tenemos tiempo para hacerlo? Nuestro planeta no puede esperar. Es por ello que la juventud debe tomar en el aquí y el ahora las medidas necesarias para propiciar cambios profundos en su concepción de la vida y en su forma de vivirla.

Las y los jóvenes tenemos el desafío de tomar decisiones de vida desde una mirada menos antropocéntrica. Tener lo indispensable, ser menos materialistas, retomar y defender el bien común. Esto no implica abandonar nuestras aspiraciones, pero sí adaptarlas de modo que sean amables con el medio ambiente y con otros seres vivos.

Como seres humanos y como jóvenes, poseemos un poder de cambio, de transformación y de reconstrucción. Tenemos toda una vida para transformarnos y para cambiar nuestro entorno.

Se trata de ser conscientes de que si los seres humanos tenemos el poder de destruir un planeta, también lo tenemos para reconstruirlo.

Es la empatía y el respeto por todos los seres vivos lo que nos llevará a un verdadero progreso sustentable. Es la falta de estas cualidades lo que nos ha llevado hasta aquí. Cuando usamos decenas de desechables al día, no estamos pensando en cómo pueden afectar a otros seres vivos, he aquí



la falta de empatía. Cuando escupimos una goma de mascar o desechamos una bolsa plástica, no pensamos en las consecuencias que habrá para las aves que las confunden con alimento, he aquí la falta de respeto...

Cambiar nuestro pensamiento nos llevará a emprender cambios en lo individual y en lo colectivo para contrarrestar la crisis socioambiental, nos llevara a permear a otros con estos cambios y más importante aun, nos conducirá a exigir que el Estado y las empresas más grandes y poderosas (principales responsables de los mayores problemas de contaminación) tomen medidas efectivas para reducir sus impactos y sus pasivos ambientales.

El cambio de paradigma de pensamiento nos ayudará no solo a contrarrestar la crisis ambiental sino otras problemáticas actuales como la violencia de género y la falta de salud mental. Como mujer joven, ambientalista y feminista neurodivergente, mi ma-

Ciclistas en la Ciudad de México

Foto: Gaceta UNAM

yor preocupación de la crisis socioambiental es el impacto que esta tendrá en los grupos vulnerables.

De primera instancia podemos creer que la crisis socioambiental, la violencia de género y la falta de salud mental en la población son cosas separadas, pero la verdad es que se encuentran interconectadas. Las condiciones sociales que genera el sistema capitalista dañan la salud del ser humano, tanto física como mental. Es el sistema capitalista, el que objetualiza a las mujeres; la deshumanización de las mujeres es una de las principales causas de la violencia de género. En lo que se refiere a la salud mental, es importante decir que los exhaustivos horarios laborales nos impiden tener actividades que optimicen el estado mental.

Como estos, hay muchos otros ejemplos claros de cuán equivocada es nuestra concepción del mundo: Lesly Leticia Hernández, estudiante de la licenciatura en Comunicación y Cultura de la UACM,

salió en bicicleta de su casa el 10 de noviembre del 2018 y no volvió. Fue hasta el día 10 de enero del 2019 cuando encontraron su cuerpo sin vida. No hay situación que nos exponga de manera más clara, la conexión que tienen la crisis socioambiental, la violencia de género y la salud mental.

Es bien sabido, que el uso de la bicicleta no solo es una acción revolucionaria, sino que también es un benefactor para la salud física y mental del ser humano. Sin embargo, tomar la decisión de transitar las calles y avenidas de la Ciudad de México es una decisión muy difícil.

Ya que el ciclista es un grupo vulnerable por la gran variedad de violencias, incluyendo la violencia de género, a las que se enfrenta día a día. No existe una cultura de respeto al ciclista, ni una buena urbanización para llevarla a cabo. El ciclista no vive en la ciudad, sobrevive en la ciudad.

Bien lo dice Berta Cáceres, líder indígena hondureña; debemos cambiar el mundo desde sus cimientos para poder salvar el planeta. Y para mí, no hay cimiento más relevante en el individuo y en la sociedad, que el pensamiento mismo.

No se trata de asumir la culpa, pero sí la responsabilidad. A las y los jóvenes de hoy nos toca enfrentar esta crisis socioambiental porque es este el mundo en el que envejeceremos; hay que hacerlo por nosotros, por nuestros hijos, nuestros sobrinos y por todas las criaturas que habitan a nuestro lado. Se trata de ser coherentes con ese cariño y respeto que tenemos por la vida de otros y por la de uno mismo. Porque la lucha siempre es por la vida.